

Crítica/OPERA

Aciertos y desaciertos

La sonámbula
De V. Bellini

Con Miryam Singer, Isaac Verdugo, Rodrigo Navarrete, la Orquesta Filarmónica de Santiago y el coro del Teatro Municipal
Dirección: Jorge Klastornick
En el Teatro Municipal

Víctor Briceño

Lo más gratificante de *La sonámbula* en su versión con elenco nacional (viernes 16) fue poder apreciar la dedicación y el mayor profesionalismo que los intérpretes han alcanzado en

el último tiempo. A ello se sumó una correcta dirección orquestal de Miguel Patrón Marchand. El logro de los intérpretes debe ser complementado con un mejoramiento en el trabajo actoral; en general, su mayor debilidad, situación que les impide asumir con verdade-

ra propiedad a los personajes que interpretan.

Sin dudas que lo más notable de la función fue el trabajo de la experimentada soprano Miryam Singer. Si bien su desempeño fue más acertado durante el acto primero -donde desde el comienzo enfrentó con seguridad su rol y supo sacar partido a su buen volumen vocal-, su trabajo como Amina fue convincente y pudo manejar de acuerdo con sus capacidades las dificultades en la agilidad de vocalización que tiene la composición de Bellini.

En los restantes roles femeninos, Luz Riveros

mejoró de manera evidente su interpretación de Lisa en el segundo acto, tanto en lo que respecta a su desempeño vocal como actoral. Manejando mejor su voz y su personaje, la soprano supo entregar el rol al público y dejó atrás las deficiencias del primer acto. La mezzosoprano Teresa Lagarde tuvo un acertado desempeño como Teresa, madre de Amina. Con seguridad supo dar credibilidad a este pequeño pero destacado personaje en lo que se refiere al desarrollo argumental.

Los intérpretes masculinos, aunque no desequilibra-

ron el nivel de la presentación, fueron menos afortunados en su desempeño. La labor de Mario del Río como Alessio y de Rodrigo Navarrete como el conde Rodolfo fue correcta en términos generales, pero se hizo evidente la falta de compenetración con sus respectivos personajes, lo que probablemente les habría permitido un mejor trabajo en lo vocal. La interpretación de Isaac Verdugo, en tanto, se vio disminuido por su baja potencia, lo que se convirtió en la mayor dificultad para entregar adecuadamente a su personaje de Elvino.

CRÍTICA DE OPERA

"La sonámbula" (segundo elenco)

MARIO CORDOVA

Sólo una función de segundo elenco, con cantantes solistas nacionales, ofreció el Teatro Municipal para *La sonámbula*, el cuarto título de la temporada de ópera de este año. Así, tan pocos fueron los momentos para los artistas nacionales cultores de la lírica como pocos también fueron los espectadores que los apreciaron.

Despojándose de todo lo visto y oído en la función internacional del primer elenco —ya comentada y elogiada—, esta otra producción vino a sorprender por un elevado nivel, no obstante el poco tiempo de ensayos que los montajes nacionales suelen disponer. El reparto lo encabezaron Miryam Singer (Amina), Isaac Verdugo (Elvino), Rodrigo Navarrete (Conde Rodolfo) y Luz Rivero (Lisa). La dirección musical, como de costumbre en similares instancias, estuvo a cargo de Miguel Patrón Marchand.

Miryam Singer está desarrollando una rápida carrera, la cual en lo estrictamente operático la ha llevado a comprometer su concurso en una diversidad de papeles en muy corto tiempo. El exitoso resultado de su participación como Elvira en *Los piratas* de 1993 sin dudas preparó en gran parte su abordaje para la Amina de *La sonámbula* de esta temporada, en el que tal éxito se repitió. Mejorada en volumen, que en la zona sobrea-

guda se percibe algo incisivo, esta soprano enfrentó con máxima seguridad los constantes desafíos impuestos por el papel. Como lo son los pasajes de *fioratura* con ascensos y descensos demandantes, le una agilidad vocal extrema, que ella se empeñó siempre en sacar de adelante.

En su abordaje de Elvino las cosas no se dieron del todo bien para Isaac Verdugo. O si se dieron, el constante clima de temor con que se percibió su participación fue el encargado de opacar cualquier brillo de su entrega. Este joven tenor, ya fogueado en los difíciles papeles mozartianos de Ferrando y Tamino en temporadas recientes, se encontró ahora con exigencias que lo llevaron al límite de sus posibilidades vocales. Su emisión tuvo mucho de camerístico y la distensión propia del *bel canto* no fue característica constante en sus intervenciones.

Rodrigo Navarrete es el más experimentado de los bajos chilenos que participan en las temporadas de ópera y, como tal, pudo ofrecer una jornada espléndida. En lo vocal y lo actoral el papel del Conde Rodolfo le calza a la perfección, aun cuando la poca intensidad de su caudal a veces le juega ingratas pasadas.

Al igual que su colega del primer elenco, Luz Riveros impresionó en la personificación de Lisa. Sus recursos de actuación fueron

más escasos, pero su desempeño vocal fue impecable, coronado por una magnífica aria del tercer acto, que el público premió con cálidos aplausos.

En responsabilidades menores se tuvo a Teresa Lagarde, en un convincente trabajo, con mucho carácter. Mario del Río fue un entonado aunque estático Alessio. Gonzalo Cuadra encarnó a un divertido y potente notario.

El Coro del Teatro Municipal brindó una extensa jornada de canto y más sueltos desplazamientos. La Orquesta Filarmónica de Santiago, a cuyo frente estuvo la atenta batuta de Patrón Marchand, ofreció el marco justo y preciso para el *fluir del bel canto* en los pasos de esta *Sonámbula* de Bellini.

Al término de esta única función de segundo elenco debe meditar sobre el significativo hecho de que ésta fue una de las muy escasas oportunidades que ha tenido la lírica en Chile para mostrarse en su faceta ciento por ciento local. Al trabajo de los cantantes, director y cuerpos estables de Teatro Municipal, debe sumarse el de Ramón López (*régie* e iluminación) y Germán Droghetti (escenografía y vestuario), también chilenos.

La conjunción de sus talentos ha dado una valiosa muestra de las enormes posibilidades que se vislumbran para la producción de ópera nacional.

CRITICA DE OPERA

La Traviata en segundo elenco: triunfo total

MARIO CORDOVA

Los asistentes comunes que reúne la temporada de ópera del Teatro Municipal en sus versiones internacional y nacional, o de primer y segundo elenco, si se quiere asignarles un nombre más justo, tienen que haberse llevado la más grata de las sorpresas al comparar ambas funciones de estreno de *La Traviata*.

Si la característica más notoria del primer elenco fue el rendimiento disparejo del trío de cantantes solistas, debe dejarse en claro que en el estreno del segundo elenco las cosas fueron diametralmente opuestas. No existiendo ahora el fantasma de una superestrella en un papel que no es el protagónico, el ánimo ciertamente era otro para las expectativas del resultado, más aún cuando los tres artistas contratados para llevar el peso de la interpretación de la ópera ya han brindado exitosas jornadas ante una audiencia que los conoce y valora. Miryam Singer fue Violeta Valery, José Azócar encarnó a Alfredo Germont y Patricio Méndez hizo lo propio para Giorgio Germont. Juntos ofrecieron una jornada memorable, cuyos rendimientos parejos en la excelencia enaltecen la lírica chilena.

La acelerada carrera de Miryam Singer en el campo de la ópera se encontró esta vez con el mejor y más integral de sus abordajes. Dejando ya

de lado la ingenuidad y la inverosimilitud del *bel canto* (sus más recientes papeles fueron Elvira en *Los puritanos* y Annina en *La Sonámbula*), se la tuvo ahora en una exploración más dramática, servida de maravillas. Las "tres Violetas" que el público espera diferenciar en *La Traviata* fueron encarnadas de modo tan óptimo en lo vocal como convincente en lo teatral. La bravura de *Sempre libera*, en el primer acto, no opuso ninguna resistencia a un canto espléndido que dejó ver una vez más sus extraordinarias dotes para los agudos brillantes y la exigente filigrana. Luego, la frivolidad dejó a la emotividad del segundo acto, en el cual el dúo con el barítono alcanzó ribetes muy enternecedores. Pero fue el acto final el que vio a Miryam Singer desplegando la mayor batería de recursos, mediante una sucesión de grandes logros en *Addio del passato* y en el dúo *Parigi o cara*, culminados con un aterrador *Ah, gran Dio, morir si giovine*.

Magnífica fue la entrega del tenor José Azócar, en quien se apreció a un Alfredo de recio timbre, creíble y terrenal en el debut de un papel que pareciera conocer y dominar por mucho tiempo. La otrora tendencia a no controlar su enorme caudal sonoro, con el riesgo de los desmedidos e innecesarios volúmenes, fue ahora

muy vigilada, pudiendo ofrecer los más hermosos y cálidos momentos de *mezza voce* tanto en los dúos de los actos extremos, como en el aria del segundo. La fuerza y el empuje, por su parte, se hicieron presentes en la cabaleta *O mio rimoroso*, cantada con máxima energía y coronada con un vigoroso agudo, ausente en la función de estreno internacional.

El barítono Patricio Méndez completó la terna de cantantes principales en otra magnífica labor de esta producción nacional. Su oscuro y cálido timbre sirvió con maestría y fluidez las extensas exigencias del segundo acto, culminadas con una excelente entrega en *Di provenza*.

La responsabilidad de los personajes secundarios de esta producción estuvo a cargo de un grupo de cantantes absolutamente renovado. Entre ellos debe destacarse el buen desempeño de Teresa Lagarde (Flora) Pablo Oyanedel (Duphol), Mario del Río (Doctor Grenvil), Enrique Salgado (Gastón) e Isabel Garay (Annina).

El Coro del Teatro Municipal, más suelto y más dinámico, alcanzó el mayor brillo en el tercer acto y la Orquesta Filarmónica de Santiago brindó una sólida lectura de la tan famosa obra verdiana, de manos de Miguel Patrón Marchand, en una conducción vigilante y detallista.

Crítica / OPERA

Buena impresión de La Traviata nacional

V.B.

La satisfacción demostrada por el público que presenció la versión del elenco nacional de *La Traviata* el pasado lunes 10, fue el resultado de un trabajo que evidenció el esfuerzo de los cantantes nacionales por alcanzar un profesionalismo cada vez mayor y, sin dudas, por el notable desempeño de la soprano Miryam Singer, quien demuestra en cada presentación la madurez lograda en su trabajo.

Salvo un tropiezo hacia el final del brindis, Singer supo sostener correctamente el rol de Violetta y manejar hábilmente su voz durante los tres actos. Los progresos de la soprano no se

reducen solamente a su trabajo vocal; también ha hecho mejoras evidentes en el trabajo dramático. Es notorio que en su interpretación del rol hay un análisis del personaje y de sus características; eso le permite manejar su expresión corporal con sentido y alejarse del mecanismo que se produce cuando el rol no se asume en su integridad.

El desempeño de José Azócar en el rol de Alfredo fue una grata sorpresa. Si bien en su trabajo vocal hubo un par de tropiezos, el resultado final fue favorable y tuvo momentos verdaderamente logrados en cuanto a poner sensibilidad a su personaje, como ocurrió en *Un día felice* y en *Io son felice* en el primer acto. Azócar fue adquiriendo la confianza necesaria para llegar a los últimos actos

con más soltura y dejar un buen recuerdo de su labor.

El resto del elenco alcanzó un nivel que permitió homogeneidad al trabajo grupal. Todos supieron sacar el mejor partido de sus capacidades vocales y eso hizo que las imperfecciones no quedaran en primer plano.

La dirección orquestal de Miguel Patrón Marchand fue también el apoyo necesario para que los intérpretes se sintieran seguros y respaldados. El *tempo* musical impuesto por el director creó una base efectiva para que los cantantes desarrollaran su trabajo.

La presentación del lunes fue un ejemplo del resultado que se puede alcanzar con intérpretes nacionales cuando existe un trabajo constante.